

Mercedes Andrade, la innombrable (Raquel Rodas Morales)

117



PRÓLOGO, por **Silvia Vega Ugalde**

Mercedes Andrade, la innombrable, es el último libro escrito por Raquel Rodas, prolífica escritora azuaya de varias decenas de obras literarias, educativas, históricas. Dentro de estas últimas, las biografías de mujeres tienen un

lugar central. Podría decirse, sin exageración, que la historia ecuatoriana y las mujeres del Ecuador, le debemos a Raquel, buena parte de la recuperación de la memoria de varias mujeres valerosas, contestatarias, irreverentes frente a normas arcaicas de vida, que abrieron caminos de libertad individual y colectiva.

Las biografías de Dolores Cacuango y de Tránsito Amaguaña, líderes indígenas, nos permitieron conocer sus orígenes, sus luchas por la autodeterminación de sus pueblos y por conquistas de-

Mercedes Andrade, la innombrable (Raquel Rodas Morales)

mocráticas y sociales en el Ecuador de mediados del siglo XX. La de Luisa Gómez de la Torre y Laura Almeida, comunista y socialista que se hermanaron en la lucha por las reformas sociales, en las mismas épocas. La de Teodosia Robalino, maestra rural de orígenes sociales humildes que se destacó por su entrega a la enseñanza y por su liderazgo gremial. La de Zoila Ugarte de Landívar, mujer liberal y precursora del feminismo ecuatoriano, periodista defensora del derecho al sufragio para las mujeres. Las de treinta y cuatro “Maestras que dejaron huellas”, reseñas biográficas escritas por varias autoras del Grupo GEMA (Grupo de Educadoras María Angélica) alentado por Raquel, quien hizo de editora de esta publicación. La de la poetisa cuencana María Ramona Cordero y León, Mary Corylé, adelantada de su tiempo, prolífica autora de piezas literarias, algunas de las cuales escandalizaron, por su vuelo erótico, a la pacata sociedad cuencana de inicios del siglo XX. Cierra el repertorio, la biografía de Mercedes Andrade, otra cuencana, nacida en 1877, que llegó a ser visible por su en-

tronque con la familia Ordoñez Mata, una de las más pudientes e influyentes en la ciudad de Cuenca, en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, y que se volvió famosa, pero también innombrable, por su audaz fuga a París, para unirse con el famoso científico francés Paul Rivet, de quien fue su compañera y esposa hasta su muerte.

Extractos de esta última biografía, aparecieron como artículos en las revistas AFESE y Revista de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Este libro que ahora tenemos en nuestras manos, Raquel lo terminó poco antes de su muerte, y como lo señala en su introducción, es una biografía inscrita en lo que ella denomina narrativa histórica “por acudir tanto a la formalidad de la historia en la mayor parte del texto, como a la desinhibición de la literatura en ciertos pasajes”. Esto último le confiere una riqueza mayor, puesto que transporta a los lectores y lectoras a paisajes comarcanos y metropolitanos, a sentimientos y pensamientos de las personas que se cruzaron en la vida de Mercedes Andrade y a su

propio mundo interior, imaginado a partir de la inmersión de la autora mujer en la historia de la otra, la protagonista. Y es que Raquel Rodas cuando escribió biografías de mujeres, lo hizo con alma y corazón; identificándose con sus vidas, con sus anhelos, con sus luchas; comprendiéndolas. Son biografías “intencionadas”, porque ponen de relieve no sólo las vidas biografiadas sino sus contextos difíciles, ásperos, marcados por paredes, murallas o rejas culturales –y a veces materiales- que han configurado las sociedades patriarcales y clasistas en las que se desarrollaron.

Esto es particularmente claro en la biografía de Mercedes Andrade, de quien Raquel opina “que no fue una heroína de las que son consagradas ante un hipotético altar de la patria. Lo fue de otra manera. Un ejemplo de mujer que cargó todo el peso de la sociedad patriarcal tal como esta ejercía su poder a finales del siglo XIX y la mayor parte del siglo XX. Una mujer al límite, como tantas otras hasta ahora, en perpetua tensión entre lo que buscan y lo que obtienen; entre lo que quieren ser y lo que la sociedad les deja ser” .

La narrativa histórica de Raquel Rodas sobre Mercedes Andrade, aparte de los giros literarios que le dan belleza y profundidad subjetiva y que transmiten la empatía de la autora con su protagonista, no es equiparable con la producción novelística que ha empezado a aparecer sobre este personaje. Todos los géneros son válidos para reinventar y redescubrir personas que confrontaron los paradigmas femeninos del patriarcado y, en ese sentido, son bienvenidos, pero el sustento histórico de la larga y paciente investigación de Raquel, que le tomó, a decir de su hijo Juan Pablo, nada menos que diez años, no tiene precedente. Sesenta y ocho textos consultados, nueve entrevistas realizadas y la indagación de fuentes primarias en veintiséis archivos, le permitió a Raquel ofrecernos un libro que, partiendo de la vida de una cuencana valiente, nos conecta con la historia económica, política y cultural de Cuenca y el Ecuador en el siglo XIX y XX, con la del mundo occidental de entreguerras, y con el conocimiento de una parte de la historia científica mundial enraizada en el descubrimiento de dimensiones desconocidas de

nuestro país, por parte del etnólogo Paul Rivet, que unió su vida a la de Mercedes Andrade.

En realidad, se trata de una doble biografía, la de Mercedes Andrade y la de Paul Rivet, intercaladas en la narrativa porque intercaladas estuvieron sus vidas, desde los años mozos de ambos personajes. El tiempo histórico que les tocó vivir, los espacios que transitaron, y la trascendencia intelectual de Rivet, obligó a la biógrafa a una amplísima investigación histórica, para recrear los contextos en los que vivieron, con la profundidad suficiente para entender y comprender sus trayectorias humanas. El libro se organiza en tres partes que describen a Mercedes adolescente y precoz esposa y madre; a la audaz enamorada que huye del cautiverio social; y a la mujer madura que enfrenta las vicisitudes de una relación compleja, en cuyo marco se reconfigura como mujer y ciudadana. En la segunda y tercera parte del libro, es Paul Rivet el protagonista descolante, primero por su transformación humana acaecida en el encuentro con el otro americano y luego por su proyección mundial como cien-

tífico y como político comprometido con las causas de la justicia y la supervivencia humana, en el contexto desgarrador de las dos guerras mundiales.

En la primera parte del libro, se atisba la procedencia familiar de Mercedes, sus años juveniles, tempranamente coartados por su boda arreglada a sus espaldas, y la desventura de los primeros años de matrimonio que provocaron su primera fuga para separarse de su esposo. Esta historia se imbrica con acontecimientos derivados de las realidades económicas y políticas de Cuenca en el siglo XIX. La descripción de la familia paterna del esposo de Mercedes, Ignacio Ordoñez Mata, es la trama que hilvana la comprensión del tejido de poderes que sustentaban la vida de las élites cuencanas. Los Ordoñez Lazo, dinastía familiar a la que pertenecía José Miguel, padre de Ignacio, basaban su poderío en los negocios de la cascarilla y del cacao, en el mercado mundial y de los cereales, en el mercado interno. En lo político, se hallaban entroncados con el presidente García Moreno, de cuya administración fue Gobernador por algu-

nos años, el tío Carlos Ordoñez Lazo, quien luego de la muerte del padre de Ignacio, contrajo nupcias con su madre, la señora Hortencia Mata. Y no faltaba el poder religioso, ostentado por el otro tío mayor, Monseñor Ignacio Ordoñez, Arcediano de Cuenca, a quien el Presidente García Moreno le encargó negociar la venida al Ecuador de las religiosas francesas de los Sagrados Corazones, que fundaron sendos establecimientos educativos en Quito y Cuenca, en julio de 1862. Monseñor Ordoñez fue un fiel defensor de las políticas garcianas, cuando actuaba, entre el púlpito y la legislatura, como en ese entonces era común.

Se relata los distintos brotes de oposición de los cuencanos al garcianismo y, por ende, a los Ordoñez Lazo. La reticencia a la construcción de la vía Cuenca-Molleturo-Naranjal que atravesaría los fundos de varios terratenientes y propiciaría la movilidad de los indios, fue una de las razones principales de confrontación, pese a que aquella vía servía a todos para sacar sus productos hacia el litoral y traer los bienes importados para adornar las suntuosas casas de

las élites; no obstante, se hacía todo a lomo de mula y de guandos, por lo que no urgía la necesidad de mejorarla.

Algunos terratenientes cañarenses levantaron a sus peones contra el garcianismo, aliándose con el urbanismo; otros terratenientes cuencanos que eran competidores de los Ordoñez en el negocio de la cascarilla, como Miguel Heredia y Luis Cordero, usaban los periódicos para hacer su oposición. Obispos cuencanos como Tadeo Torres y Estevez de Toral, no fueron sumisos a las políticas garcianas, especialmente a las restricciones del Concordato al poder de la iglesia, específicamente en los curatos rurales. Intelectuales y estudiantes también se oponían a lo que consideraban excesos de autoritarismo en la conducción del Estado. Este hervidero de luchas y confrontaciones es el telón de fondo, muy bien expuesto, de la historia de Mercedes. La otra veta de la narrativa se refiere a la suegra Hortencia Mata, una poderosa mujer, madre de innumerables hijos, dos veces casada con dos Ordoñez Lazo, promotora de toda obra cultural y filantrópica de la

ciudad, y dueña de la más grande fortuna, administrada y heredada por ella, al quedar viuda del segundo esposo. Ella se atribuyó el acuerdo para la boda de su primer hijo Ignacio con la guapa quinceañera Mercedes Andrade, para desviarle al chico de su amorío con una pueblerina, que resultaba inadmisibles en los círculos cerrados de su élite. Ella fue también el ojo vigilante de la vida de su nuera, a la que cedió la casa diagonal a la suya, en el parque central de la ciudad, para que se instalara con sus pequeños hijos, una vez que Mercedes escapara de Paute, para huir de su marido.

El misterio rodea la historia de Hortencia Mata. Raquel Rodas expone algunas hipótesis referidas a la predilección que tuvo por ella el presidente García Moreno, quien, al parecer, fue el artífice del relacionamiento de Hortencia con la familia Ordoñez Lazo, a través de la alianza matrimonial con su hijo menor, que determinó su venida desde Guayaquil a Cuenca, donde se afincó hasta el final de sus días. En la segunda parte del libro, el protagonista es Paul Rivet, médico francés que acompañó a la se-

gunda misión geodésica francesa, y llegó al país en 1901, para prestar atención médica a sus integrantes. En su experiencia en Ecuador, además de médico tuvo que suplir en su trabajo a varios de los expedicionarios, que no resistieron las condiciones difíciles, climáticas y sociales, en las que se desenvolvía la investigación científica. Pero, sobre todo, a partir de su encuentro con este otro mundo, otras gentes y otras culturas, se transformó en un científico amante del conocimiento de los pueblos originarios del país y de América.

En esta segunda parte, el escenario que describe Raquel Rodas nos traslada a la recién inaugurada época liberal, luego de la revolución alfarista. Ya no es solo Cuenca y su relación con un gobierno, sino el resto del país y, en particular las ciudades y regiones donde instaló sus operaciones la misión geodésica, que son retratadas en sus características físicas y sociales. También alude al acervo creciente de conocimientos e impresiones que acumula Rivet en sus sitios de visita, en su contacto con los pacientes, especialmente indígenas, y en la relación

con investigadores como Federico Gonzales Suarez y otros, que le acercan a descifrar nuevas lenguas, costumbres, ambientes naturales y sociales, de los que no había tenido idea antes de pisar el Ecuador.

La misión geodésica llegó a Cuenca en diciembre de 1905 y Rivet se dedicó frenéticamente a continuar sus investigaciones; fue a pueblos aledaños para conocer otros grupos autóctonos y realizó varias excavaciones arqueológicas.

Este capítulo desentraña los hitos de la transformación humana y científica de Paul Rivet y la influencia que tuvieron en algunos ecuatorianos, así como su contribución al mejoramiento de los horizontes investigativos en el país. “Impactado por los hallazgos arqueológicos y antropológicos que obtuvo a la par de su trabajo geodésico en el Ecuador, el joven francés al regresar a París, se dedicó al estudio de la antropología cultural y particularmente al de la etnografía”, señala Raquel. El libro reúne al final una lista de veinte artículos de Rivet sobre el Ecuador

y otras treinta y tres obras escritas por el científico con base en sus investigaciones en el país.

Se relacionó con Mercedes Andrade en una visita casual a casa de su hermana Leticia, que lo requirió para una consulta médica, situación que fue aprovechada también para otra atención a la quebrantada salud de Mercedes. De ese encuentro surgió el flechazo de Cupido en los corazones de ambos jóvenes, que continuaron viéndose discretamente bajo el amparo de su hermana y su cuñado Federico Malo, floreciente empresario de la comarca. Aquí se relata la segunda audaz fuga de Mercedes, disfrazada de monja, por los difíciles parajes del Cajas, hacia Naranjal y Guayaquil y la posterior despedida del científico Rivet de la ciudad de Cuenca, fingiendo no conocer nada de este escape, que había sido planeado por los dos, minuciosamente. En el puerto principal, otra hermana de Mercedes, Gertrudis, que residía allí, les daría abrigo, antes de su partida al otro lado del Atlántico.

“La conmoción en la ciudad de Cuenca fue tremenda. Entre el si-

lencio y la rabia no encubierta, el drama no se desvanecía. El nombre de la fugitiva no volvería a ser pronunciado en la ciudad deshonrada”.

La tercera parte del libro está ambientada en el regreso a Paris del ya renombrado científico Rivet, en 1906, y el descubrimiento y adaptación de Mercedes a la gran metrópoli y a su nueva vida de pareja, que es descrita como desafiante, placentera, pero también difícil, en tanto la vocación científica del francés y luego, su opción política como diputado socialista, le ocupaban la totalidad de su tiempo y su atención. Mercedes añoraba a sus hijos, a quienes pensó unirse pronto, acariciando la falaz ilusión de que el padre y la abuela procurarían que no estuvieran lejos de su madre. No obstante, estuvo presa de la formalidad de su matrimonio, del que no pudo liberarse sino hasta la muerte de su esposo Ignacio Ordoñez, en 1931. Fueron vanas sus peticiones al Obispo de Cuenca, al Santo Padre y también las de su suegra, que en 1918 le comunicó que buscaría la autorización eclesiástica para anular el matrimonio de su hijo, a que él pudiera contraer nuevas nupcias.

Mercedes y Paul pudieron casarse recién en 1932.

El libro sintetiza varios de los aportes epistemológicos del científico Rivet, que combatió las teorías biológicas de la antropología, que daban pie al racismo y a una visión discriminatoria de las culturas y de los pueblos; también su defensa del internacionalismo científico frente a las visiones sectarias de otros científicos que se negaban a relacionarse, por las diferencias nacionales en la conflagración mundial de la primera guerra (1914-1918).

La guerra fue el atroz escenario en el que le tocó vivir a la pareja. Rivet hizo un forzado paréntesis en su actividad científica y se enroló en las filas socialistas para luchar por la paz. Actuó como médico de los heridos de guerra y Mercedes lo acompañó como enfermera, sufriendo una herida de bala que comprometió parcialmente la capacidad de movimiento de su brazo derecho.

Concluida esta espantosa guerra que devastó varios países del norte occidental, con la muerte de cerca de setenta millones de com-

batientes, Paul Rivet profundizó su actividad científica. Fue nombrado autoridad de instituciones académicas francesas de prestigio y fundó otras, siendo la más significativa el Museo del Hombre que “se convirtió en una especie de laboratorio de investigación antropológica para el orbe entero, un espacio científico al que podían asistir investigadores de cualquier parte del planeta, a estudiar las muestras recogidas en el museo”. En el último piso del palacio de Chaillot, donde este funcionaba, Paul y Mercedes tenían su departamento, incluso después de que le retiraron de la dirección del Museo, por su opción política de izquierda. Allí se hicieron vibrantes y enriquecedoras reuniones de intelectuales franceses y de otros países y llegaron también ecuatorianos, que fueron amablemente acogidos por la pareja.

Rivet viajaba mucho a los países latinoamericanos, asiáticos y africanos, promoviendo discusiones, dictando conferencias y alentando investigaciones, pero llegó la segunda guerra mundial, frente a la cual redobló su activismo político antifascista y de oposición al

avance del antisemitismo. El libro detalla su batalla por resistir a la invasión de Francia, hasta que finalmente emigraron, para salvar sus vidas, primero a España y luego a Colombia. Mercedes regresó a Cuenca, no solo para encontrar reposo de la tensión guerrerista del momento, sino para intentar recuperar el amor de sus hijos que se mostraban distantes, y al parecer también por un distanciamiento con su amado Paul, que se había involucrado en una relación con una científica matemática, de quien él decía que era una compañera intelectual.

Por el retorno de Mercedes, vuelven las páginas sobre Cuenca, en los inicios de la cuarta década del siglo XX, una ciudad de cincuenta y tres mil habitantes, “de aire recoleto, sobrio y sosegado”, donde todos se conocían. Ella fue recibida hasta con un Te Deum de acción de gracias en la Catedral, porque ya era Madame Rivet, legítimamente casada. Rivet no regresó con ella; en esos años publicó su obra cumbre “El origen del hombre americano” que le catapultó a la fama mundial. Con el fin de la guerra, él regresó a Paris,

pero para dedicarse de lleno a la política, contribuyendo desde la diputación, a la redacción de la nueva Constitución de la IV República francesa.

Las últimas páginas del libro, basadas en varias cartas entre Paul y Mercedes, retratan el tipo de relación entre ambos, afable, amistosa, pero marcada por un tono de fatiga, debido a la enfermedad que a él le aquejaba y las decepciones que vivía por la actitud displicente de las nuevas autoridades del Museo, sumadas a las carencias que se experimentaba en la ciudad de París, después de la guerra. “Desde que me instalé en el departamento del museo, desde que Mme. Voucher me dio su criada Ana y vino a ocupar una parte del piso bajo de la habitación, mi vida ha cambiado del todo. Como bien, mi ropa está cuidada. La criada no me roba y gasto la mitad de lo que gastaba antes.....Yo comprendo que esto te disguste, pero no hay duda que Mme. V. después de haberme salvado la vida en febrero de 1941, me la salvó una vez más en el último invierno. Todo esto debes saberlo. Como te dije, ella no fue ni es mi querida, pero es

una amiga incomparable” le decía con franqueza en una de sus misivas, en 1947. En ese año, Mercedes dejó nuevamente Cuenca y regresó a París, pero de lo que se desprende de las cartas, siguió sola, por los constantes viajes de Paúl a distintos países del mundo, y a disfrutar de días de descanso en casas de amigos, en las afueras de París. En 1951, pasó por Cuenca, en una de sus giras, y fue recibido con amabilidad y muestras de afecto por familiares de Mercedes y por las familias prestantes de la ciudad. Siguió viajando febrilmente, como para no tener tiempo de pensar en la cercanía de la muerte, que al parecer le aterraba.

Esta llegó el 21 de marzo de 1958, a los 82 años de edad. Vivió sus últimos días y murió rodeado de cuatro mujeres: su hermana Madeleine, la señora Voucher que fungía de secretaria particular, la criada Ana y la cuencana enamorada, Mercedes Andrade.

Ella regresó dos años después a radicarse definitivamente en Cuenca, donde vivió hasta los 89 años. Con el patrimonio dejado por su esposo Rivet, compró una casa

y pudo vivir con una cierta holgura, recibiendo además una renta vitalicia del estado francés otorgada a la viuda de su ciudadano ilustre. “Inauguró un nuevo modo de envejecer que desconcertaba a las cuencas. Caminaba sola, viajaba a la playa, vestía con gracia y no se sometía al traje oscuro que las mujeres de su edad usaban. Leía y recibía a sus escasas amigas de antaño. Enseñaba a sus sobrinas nietas los bailes de salón y a hablar en francés, su segunda lengua”.

Gracias Raquel por dejarnos este último legado de tu lúcido y comprometido trabajo intelectual! Gracias por donarnos la memoria de las Dolores, Tránsitos, Luisas, Lauras, Teodosias, Zoilas, Ramonas y Mercedes, que abrieron caminos por los que hoy transitamos las mujeres! Gracias por haber rescatado las contribuciones científicas de Paul Rivet, inspiradas en el patrimonio de la maravillosa diversidad de nuestros pueblos americanos!